

Cuando el veneno tiene nombre de mujer

Autoría: Roberto Pelta Fernández

Afiliación: Doctor en Medicina y Cirugía; Alergólogo del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid; historiador de la Sociedad Española de Alergología e Inmunología Clínica

ÁREA	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia de la toxicología	167-185	TDL-81-2023-167-185

TIPO DOCUMENTAL

Divulgación histórica y médica

RESUMEN DOCUMENTAL

Recorrido por episodios históricos en los que mujeres aparecen vinculadas al uso de venenos, ya sea como víctimas, sospechosas o envenenadoras. A partir de personajes célebres de distintas épocas, el autor combina historia, medicina y toxicología para explicar sustancias, métodos, procesos judiciales y leyendas. El texto culmina con el caso de la marquesa de Brinvilliers y remite a una bibliografía especializada sobre venenos y envenenadores.

PALABRAS CLAVE

venenos · toxicología · historia de la medicina · envenenamiento · Brinvilliers · Cleopatra · historia

CITA BIBLIOGRÁFICA

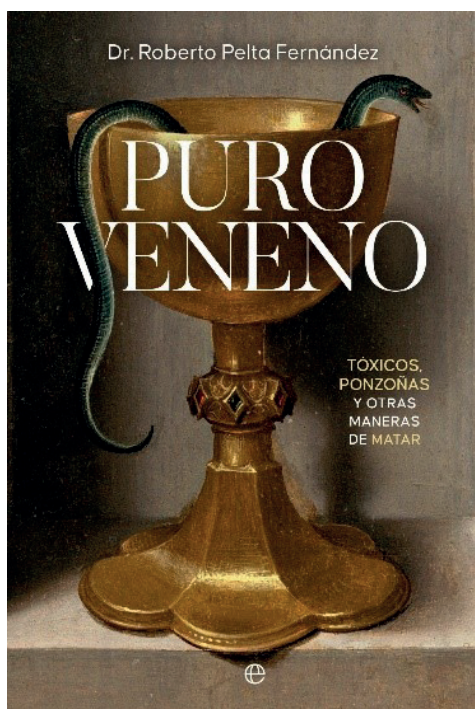
Roberto Pelta Fernández. «Cuando el veneno tiene nombre de mujer». Torre de los Lujanes, n.º 81, 2023, pp. 167-185. ISSN 1136-4343.

Cuando el veneno tiene nombre de mujer

Por **Roberto Pelta Fernández** es Doctor en Medicina y Cirugía, Alergólogo del Hospital General Universitario Gregorio Marañón de Madrid. Diplomado en Terapéutica

Homeopática por el Centro de Enseñanza y Desarrollo de la Homeopatía (CEDH). Profesor del CEDH. Historiador de la Sociedad Española de Alergología e Inmunología Clínica.

Socio de Número de la Asociación Española de Médicos Escritores y Artistas. Académico Correspondiente de la Real de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.



Una seductora reina egipcia

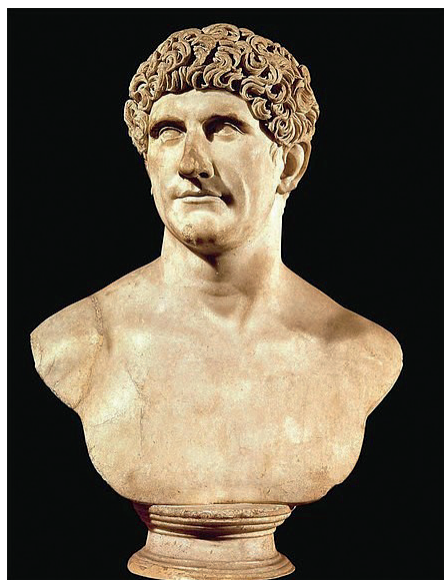


Cleopatra, la
envenenadora
envenenada

Al morir su padre Ptolomeo XII, Cleopatra, que tenía 18 años, se casó con su hermano menor Ptolomeo XIII, y se convirtió en reina. Su esposo la derrocó tres años después y tuvo que exiliarse. Según otra versión al saber la soberana que quería secuestrarla y matarla, huyó cerca de Siria. Posteriormente se hizo amante de Julio César y tras la entrada de aquél en Alejandría, surgieron las llamadas *guerras de Alejandría*. Ptolomeo XIII se ahogó al atravesar el Nilo en una barca sobrecargada y Cleopatra fue repuesta en el trono. De su relación con Julio César nació Ptolomeo XV (conocido como Cesarión), que la acompañó a Roma cuando César regresó a la Ciudad Eterna. Pero el pueblo romano la odiaba y cuando aquel fue asesinado, Cleopatra regresó con su hijo a Egipto. Más tarde fue llamada por Marco Antonio, que se había instalado en Tarso (Cilicia) tras derrotar a Bruto y Casio, los asesinos de Julio César. La bella egipcia recurrió a sus dotes de seducción y enamoró a Marco Antonio, que estuvo a su lado en Alejandría hasta que hubo de regresar a Roma. Cuatro años tardaron en reencontrarse en Antioquía, cuando Marco Antonio, durante una campaña contra los partos, reclamó el apoyo de Cleopatra. En el año 31 a. C. la flota de ambos perdió la batalla naval de Accio y un año después Octavio entró triunfante en Alejandría. El 1 de agosto del año 30 a. C. tuvo lugar la última batalla contra Octavio y los soldados que permanecían junto a Marco Antonio se rindieron. Al recibir la noticia Cleopatra

se encerró en su mausoleo con dos criadas, e hizo que llegase a oídos de Marco Antonio el rumor de que se había suicidado. Este se atravesó el abdomen con su espada, mientras Cleopatra buscaba una salida para ella y para Egipto. Las tropas de Octavio entraron en su palacio y al enterarse Cleopatra de la muerte de Marco Antonio y saber que Octavio quería llevarla a Roma como botín de guerra, según relata el biógrafo y ensayista griego Plutarco de Queronea, se suicidó a los 39 años.

No se descarta que Cleopatra fuera una experta envenenadora, pero William Shakespeare, en su obra *Antonio y Cleopatra*, afirma que murió por la mordedura de dos áspides en su pecho. Según el biógrafo e historiador romano Suetonio, cuando Octavio llegó al palacio de Cleopatra y contempló su cuerpo inerte, usó varios antidotos y llamó a los *psylli* (una tribu de encantadores de serpientes del norte de África, cuya saliva se pensaba que tenía propiedades neutralizantes del veneno) para que succionasen la ponzoña en un intento de reanimarla y poder llevarla consigo a Roma. Afirma Suetonio que las doncellas de Cleopatra también se hicieron morder por las serpientes. Plutarco, que escribió 130 años después de la muerte de aquella, afirma que Octavio entró en el mausoleo de Cleopatra cuando las doncellas estaban acabando de arreglar sus vestimentas antes de morir ellas, y les preguntó: «¿Fue esto obra de vuestra señora?». Una de las sirvientas,



Marco Antonio, el astuto garañón

que apenas podía levantar la cabeza, le respondió: «Fue su impecable obra, como corresponde a la descendiente de tantos reyes». Y Plutarco afirma que la serpiente llegó oculta en una cesta con higos y uvas. Para los egipcios la muerte por mordedura de serpiente aseguraba la inmortalidad y era rápida e indolora. En opinión del médico segoviano Andrés Laguna (1499-1559): «en mordiendo despacha».

Claudio Eliano, profesor de retórica romano, refiere en su *Historia Animalium* que:

«Cleopatra descubrió que la mordedura del áspid era muy suave cuando, al acercarse ya Augusto, preguntó a sus comensales por una muerte indolora y sin sufrimientos. Averiguó que la muerte a espada era dolorosa según opinión de los que habían resultado heridos, y que la muerte por ingestión de veneno era aflictiva ya que producía convulsiones y dolores de estómago; en cambio la muerte por mordedura de áspid era dulce. La causa del fallecimiento de Cleopatra no fue advertida por los compañeros de Augusto en seguida, sino más tarde, cuando vieron en el cuerpo dos puntos difíciles de apreciar y descubrir, mediante los cuales se reveló el enigma de su muerte; además se vieron señales del rastro del áspid, que eran evidentes para los que tenían conocimiento de los movimientos de estos reptiles».

Ben Hubbard afirma en su libro *Venenos. La historia de las pociones, polvos y los asesinos que los utilizaron*:

«Un estudio reciente ha rechazado la idea de la muerte por veneno de cobra. Su mordedura no siempre es mortal, pero cuando lo es, la muerte es larga y dolorosa y deja a la víctima en un estado de

parálisis, a veces con el rostro desencajado y los ojos muy abiertos. Según el estudio, la reina nunca habría podido morir en un estado de placidez...».

José Luis Vila-San Juan, en su libro *Mentiras históricas comúnmente creídas*, argumenta que el áspid, una cobra que mide más de 2 metros, difícilmente podía ocultarse en una cesta de higos. Y opina al respecto Néstor Luján:

«Queda la posibilidad del envenenamiento por una ponzoña vegetal. Podía ocultar el veneno dentro de la horquilla de oro que llevaba siempre en el pelo, según Plutarco, y pudo verterlo en una copa o aplicarlo en una herida. También pudo hacerse introducir, con la complicidad de su médico, unos higos envenenados o pudo poseer el veneno disimulado entre sus cosméticos».

Adela Muñoz, en su libro *Historia del veneno (De la cicuta al polonio)*, habla del posible empleo por la reina egipcia de beleño y estricnina (esta última es un alcaloide que se halla en las semillas de la planta *Strychnos nux vómica*). Pero la estricnina origina violentas convulsiones que podrían haber desfigurado su cadáver, de legendaria belleza. Suscribe la autora que la muerte de Cleopatra también podría haber ocurrido por inhalación de monóxido de carbono, tras la combustión de carbón para una ceremonia fúnebre. El geógrafo e historiador griego Estrabón (64 o 63 a. C.—19 o 24 d. C.), especula con que el óbito lo causara un áspid o un ungüento venenoso aplicado en la piel. Es poco creíble que una cobra pudiera matar a tres personas y la causa real de la muerte de Cleopatra sigue siendo un enigma.

El suicidio de una aristócrata cartaginesa

A los 26 años Aníbal fue elegido comandante supremo del ejército cartaginés. Estaba considerado como un gran estratega y al igual que su padre, Amílcar, era apodado Barca, que significa el rayo, por la rapidez con que llevaba a cabo sus acciones militares. Conquistó Sagunto a los íberos después de 8 meses de asedio, y como aquellos eran aliados de Roma, provocó el inicio de la segunda guerra púnica, que duró 17 años, hasta que en el año 201 a. C., Cartago capituló y se firmó la paz.

En el año 218 a. C. Aníbal partió hacia Italia desde Cartago Nova (la actual Cartagena). Llevó consigo elefantes procedentes de África, con los que logró cruzar el Ebro, los Pirineos y el Ródano. El descenso de los Alpes no resultó nada fácil, pues el estrecho paso que bordeaba el pico de Cramont estaba cubierto de hielo resbaladizo, y cayeron al abismo elefantes y caballos. Tras abandonar Aníbal Hispania, se hizo cargo de sus tropas su hermano Asdrúbal, que durante 6 años luchó contra los hermanos Cneo y Publio Cornelio



Sofonisba, la mártir a su pesar

Escipión el Africano. A finales del año 212 a. C. Asdrúbal derrotó y mató a sus oponentes y acabó con la mayor parte del ejército romano que se había instalado en la Península.

Cuando Roma se percató de que Aníbal había conseguido llegar hasta las puertas de la Ciudad Eterna, envió al cónsul Publio Cornelio Escipión el Africano con legiones de soldados

para atacar a las tropas cartaginesas en Hispania, que fueron derrotadas. Escipión conquistó en el año 209 a.C. Cartago Nova, un enclave considerado como el bastión principal de los cartagineses en nuestro país. En el año 205 a. C., Asdrúbal fue a reunirse con Aníbal en Italia y logró esquivar a Escipión, tras cruzar los Pirineos por su extremo occidental. Se abrió paso por la Galia, pero al ser descubierto por los ejércitos romanos fue derrotado en Italia, en una batalla que tuvo como escenario el río Metauro. Asdrúbal fue capturado y decapitado, su cabeza colocada en un zurrón y arrojada al campamento de Aníbal. Este decidió no entrar en Roma por motivos que se desconocen, aunque nada se interponía a su paso, y tras liberar a los prisioneros regresó a Cartago. De él dijo Tito Livio: «Nadie tenía tanta audacia para afrontar el peligro ni más sangre fría en medio del peligro. Ninguna fatiga podía agotar su cuerpo ni vencer su alma; resistía igual el frío y el calor; en cuanto a la comida y a la bebida, se acomodaba a sus necesidades, no a su placer...».

En Cartago estaba Sofonisba, que era hija de Asdrúbal, admirada por su hermosura e inteligencia. Desde niña había estado enamorada de Massinisa (205-148 a.C.), un joven príncipe de los númidas orientales o masilios, que habitaban en una estrecha franja de la zona nororiental de Argelia, al que su padre la había prometido y se habían jurado amor eterno. Pero Sifax, rey de los númidas occidentales (los masesilos) y aliado de Cartago, también estaba prendado de ella, y Asdrúbal acabó casándola con él durante la Segunda Guerra Púnica. El esposo, que había sido aliado de los romanos, se convirtió



Massinisa, las bodas envenenadas

en su enemigo tras la influencia que ejerció su mujer sobre él. A su vez, Publio Cornelio Escipión el Africano le ofreció ayuda a Massinisa para que lograra recuperar su reino. Este último logró derrotar y dar muerte a Sifax en la batalla de Cirta (Constantina, Argelia). Sofonisba fue hecha prisionera, pero cuando Massinisa y su ejército entraron en la ciudad, la fémica, movida por el amor y dominada por el temor, se hincó de rodillas para implorarle perdón y jurarle que en realidad era a él a quien amaba y no a Sifax. Entonces Massinisa decidió casarse con ella, pero temiendo Escipión el Africano que Sofonisba convenciera a Massinisa de volverse contra Roma, como lo había hecho con su anterior marido, no ratificó los esponsales y le exigió al nuevo rey que entregara a su mujer, junto con las demás prisioneras, como botín de guerra, puesto que era una cautiva romana. Con el objeto de evitarle a su amada tal humillación, Massinisa envió un esclavo a la alcoba de su esposa para decirle: «que en nombre del gran amor que se tenían, le suplicaba por favor que se tomara lo que él le acababa de enviar». Sofonisba comprobó que era un cuenco que contenía veneno y con lágrimas en los ojos le pidió al sirviente que le dijera a Massinisa que había sido el único gran amor de su vida y que se iba a tomar el tósigo con gusto. Tito Livio, al que antes mencioné, detalla lo que dijo Sofonisba cuando el sirviente se presentó ante ella con el tósigo:

«Acepto el regalo de bodas, y no me desagrada, si es lo máximo que el esposo pudo ofrecer a su esposa; pero dile lo siguiente: Yo habría tenido una muerte mejor si no me hubiera casado el mismo día de mi funeral.»

Cuando el esclavo regresó y Massinisa vio la expresión de su cara, comprendió que Sofonisba había muerto y cayó de rodillas entre llantos y lamentos. Con posterioridad unió sus tropas a las de Publio

Cornelio Escipión el Africano, estableciendo su alianza con Roma. Su caballería jugó un papel determinante en la batalla de Zama, una antigua ciudad de Túnez situada al suroeste de Cartago, que tuvo lugar el año 202 a. C. y supuso la derrota total de los ejércitos cartagineses comandados por Aníbal. A partir de ahí el gran estratega se vio obligado a iniciar un largo exilio, porque fue perseguido por los romanos hasta los confines del mundo entonces conocido. En mi libro *Puro veneno (tóxicos, ponzoñas y otras maneras de matar)* hago mención de que el botánico y farmacólogo griego Pedanio Dioscórides, en el capítulo dedicado a los venenos de su obra *De materia médica*, relata que:

«Aníbal, valerosísimo capitán, después de haber hecho a los romanos muy crueles guerras, a la fin de las mismas, vencido, se mató con cierto veneno, que una sortijuela traía semejantemente encerrado».

Lucrecia y Catalina, su empleo de los venenos

Cuento también en mi libro *Puro veneno (tóxicos, ponzoñas y otras maneras de matar)*, que la elaboración del «veneno de los Médici» ha sido atribuida por algunos historiadores a un perfumista de Catalina María Rómula de Médici (1519-1589), llamado Reynier Bianco, también conocido como Renato el Florentino. Era un astrólogo que al parecer poseía en París una tienda cerca del puente de Saint Michel y se le atribuye la elaboración de un perfume tan venenoso que bastaban tan solo unas gotas para marchitar una flor. Este tipo de hechos debieron propiciar el sobrenombre que adquirió Catalina: *Madame Serpiente*. Quizás valiéndose de la ayuda de Renato el Florentino y de un tal Bartolo, que al parecer era un mago

que elaboraba perfumes, pócimas y venenos, ponía fin a la vida de sus adversarios. Se decía que Catalina había introducido en Francia la tradición italiana del envenenamiento, haciendo honor a la mala fama de los Médici y los Borgia.



Catalina de Médici,
los guantes fatales

Catalina de Médici era católica y después de tres guerras contra los hugonotes, que eran los protestantes franceses, en un intento de lograr la paz pensó que lo mejor sería casar a su hija Margarita de Valois (1553-1615), con su primo el príncipe protestante Enrique de Navarra, que pasaría a la posteridad como Enrique IV de Francia y III de Navarra. Fue la propia Catalina la que llevó a cabo las maquinaciones pertinentes con la madre de aquel, que era Jeanne d'Albret y que a su

vez estaba casada en segundas nupcias con el príncipe Antonio de Borbón (1518-1562). Para lograr sus fines Catalina invitó a su futura consuegra a la corte, pero ambas féminas congeniaron poco y la de Médici llegó a afirmar:

«He hablado con la reina tres o cuatro veces. solo se burla de mí y hace circular lo contrario de todo lo que le he dicho a fin de que mis amistades se enojen conmigo».

Margarita estaba en desacuerdo con la decisión de su madre, pues consideraba que Enrique era inculto y poco educado. Ella se había

enamorado de Enrique I, duque de Guisa (1550-1588), un noble galo que lideró el partido católico durante las guerras contra los hugonotes y que era el primogénito de Francisco de Guisa y Ana de Este.

Carlos IX, uno de los hijos de Catalina de Médici, se hizo tristemente famoso por ser el que ordenó la terrible matanza de hugonotes ocurrida en París y otras ciudades francesas la noche del 24 de agosto de 1572, que se celebraba la fiesta de San Bartolomé. Catalina que ejercía una gran influencia en las decisiones de su hijo Carlos, le había convencido para eliminar a los hugonotes. El 27 de junio de 1574 murió Carlos IX, como consecuencia de unas hemorragias subcutáneas que afectaron a toda su piel. En tanto que unos historiadores atribuyen el óbito a un «mal siamés», de origen tuberculoso, otros abogan por la hipótesis de su posible envenenamiento con arsénico. Se cree que Catalina, unos meses antes de que tuviese lugar la matanza de San Bartolomé, en la que centenares de hugonotes fueron ejecutados, ordenó el asesinato de Jeanne d'Albret. Esta viajó a París para asistir a la boda de su hijo, pero según relata Alejandro Dumas en su libro *La reina Margot*, que es el apodo con el que se conocía entre sus allegados a Margarita de Valois, Catalina le envió a Jeanne en señal de amistad unos guantes envenenados y una crema de queso fresco francés. En aquella época los reyes y los grandes señores tenían a su servicio pregustadores, para evitar ser víc-



Jeanne d'Albret, cauta,
pero no tanto

timas de las ponzoñas. Una vez que el catador dio su aprobación para probar el manjar, Jeanne, que se había colocado previamente los guantes, se los quitó, comenzó a comer y falleció el 9 de junio de 1572. No en vano Catalina de Médici introdujo en la corte francesa los guantes perfumados con hierbas, especias y aceites florales de jazmín, lirio y flor de naranjo. El motivo fue que los de cuero resultaban poco atractivos, pues retenían el olor de la orina y de las heces con los que habían sido tratados para su fabricación. Pero hay textos que afirman que la reina de Navarra tuvo fiebre de aparición brusca, acompañada de un dolor muy agudo en un costado, lo que hace sospechar que pudo haber muerto de neumonía. Y es posible que hubiera padecido una tuberculosis pulmonar, pues afirma el doctor Joseph Legué en su libro *Médicos y envenenadores del siglo XVI*, que Jeanne d'Albret tuvo expectoraciones con sangre.

Enrique III de Navarra (que como ya mencioné previamente también se le conoce como Enrique IV de Francia), en 1610 fue asesinado por un fanático católico en las calles de París, que le asestó dos puñaladas mortales. Le sucedió en el trono un niño de corta edad, Luis XIII, bajo la tutela de su madre María de Médici, con la que Enrique se había casado en 1600, después de haberse separado de Margarita de Valois.

Una marquesa de cuidado

Marie Madeleine Marguerite d'Aubray, marquesa de Brinvilliers-La Motte, había nacido el 2 de julio de 1630. Era hija de un magistrado, Antoine Dreux d'Aubray, uno de los grandes personajes de la corte del Rey Sol. Marie Madeleine perdió la virginidad a los siete años con un criado, a los diez años mantuvo relaciones

incestuosas con sus hermanos y se casó a los veintiuno con Antoine Gobelin de Brinvilliers, barón de Nocerar, creador de la fábrica de tapices gobelinos y maestro de campo del regimiento de Normandía. Amante del juego y de las mujeres le presentó a la marquesa a Jean Baptiste Gaudin de Sainte-Croix, un capitán de caballería que se convirtió en amante, con la anuencia del marido, que tenía varias concubinas. El padre de Marie Madeleine, enfurecido por el adulterio de su hija, dirigió al rey Luis XIV una carta para que privara de libertad a Sainte-Croix. Logró que ingresase en la cárcel de la Bastilla, donde hizo amistad con un italiano experto en venenos llamado Eggidi, Exili o Gilles. Compartió con Sainte-Croix el secreto de un veneno llamado en Italia «polvo de sucesión» y en Francia «polvo de herencia», que era una mezcla de «azúcar o sal de Saturno» (acetato de plomo) y arsénico. Marie Madeleine Marguerite d'Aubray

Sainte-Croix continuó su aprendizaje con Christopher



Marie Madeleine Marguerite d'Aubray, la incansable ponzoña



Gaudin de Sainte Croix, el "amante compasivo"

Glaser, un boticario y químico suizo que daba clases en el Jardín de Plantas de París y era farmacéutico del rey. Sainte-Croix instruyó a la Brinvilliers en el arte de envenenar y ambos heredaron la llamada «fórmula de Glaser». Marie Madeleine montó en su casa un laboratorio para crear venenos con arsénico y mercurio. Con sus pócimas mantuvo enferma durante más de dos años a una criada, sin llegar a matarla. Tras ser acusada la aristócrata, en el juicio la sirvienta afirmó que se había sentido mal tras recibir de su ama unas grosellas y una loncha de jamón, y que tuvo grandes dolores «como si le acuchillaran el corazón». Posteriormente la marquesa comenzó a ensayar los venenos con enfermos pobres de los hospitales, a los que visitaba y les obsequiaba pasteles, confituras y otros dulces portadores de sustancias letales. Con la experiencia adquirida, planeó el envenenamiento de su anciano padre, al que no perdonó el gesto que tuvo con su amante, para lo cual le acompañó en su retiro de Offemont, cerca de Compiègne. Contrató para su macabra acción a un criado llamado Gascón y el estado de salud del padre fue empeorando, aquejado de vómitos continuos y grandes dolores cuya causa escapaba al saber de los médicos más eminentes de París. Durante ocho meses la marquesa y su compinche le administraron tazas de caldo envenenado. El fallecimiento ocurrió el 10 de septiembre de 1666, a los 60 años, entre grandes dolores y vómitos. Los médicos que le atendieron certificaron muerte natural, pero años más tarde la parricida declaró que había ido envenenando de manera progresiva a su progenitor para simular una enfermedad. Como la marquesa se hallaba en mala situación económica intentó envenenar a sus hermanos, ya que a la muerte del padre habían participado de la herencia. Logró que Antoine, el mayor, recibiese dosis progresivas de vitriolo que le administraba su fiel lacayo Jean Hamelin, conocido como La Chaussée. El hermano desarrolló insupportables dolores abdo-

minales y episodios diarreicos tras comer un pastel envenenado. El criado tardó cerca de tres meses en consumir el envenenamiento. La Chaussée le dijo a la marquesa: «Nos está dando mucho trabajo. No sé cuándo entregará el alma». Al morir, Antoine tenía treinta y siete años. François, su otro hermano, falleció unos meses después.

Los médicos, desconcertados por la muerte de dos hombres jóvenes con los mismos síntomas, ordenaron efectuar la autopsia del último. No se hallaron pruebas condenatorias contra la marquesa, pero el informe concluyó que la muerte se debía a un veneno.

Entretanto, la Brinvilliers comenzó a suministrar un tóxico a su hija mayor alegando que «era boba», pero quizá fue su instinto maternal el que la llevó a darle leche como antídoto.

En sus memorias afirma *madame* De Sévigné:

«Ella quería casarse con Sainte-Croix, y con ese fin daba a menudo veneno a su marido. Sainte-Croix, que no estaba nada deseoso de tener por esposa a semejante demonio, daba contravenenos al pobre marido, con el resultado que oscilando cinco o seis veces entre una y otro, ora envenenado, ora desenvenenado, aún se mantenía con vida».

Sainte-Croix falleció asfixiado cuando hacía experimentos de alquimia, al romperse la máscara de vidrio que protegía su rostro mientras preparaba un gas tóxico. En presencia de un juez se encontró un laboratorio de química en una de las habitaciones de la casa de aquel, donde además de los enseres propios de su actividad se halló una cajita roja de forma ovalada. Cuando la abrieron encontraron las misivas de la marquesa a su difunto amante, dos pagarés y varios frascos con líquidos. Tras efectuar experimentos en animales con dichas sustancias todos murieron, pero no se identificó el tipo de veneno.



La marquesa vigilando su obra

Se supo también que otro de los amantes de Marie Madeleine, el mencionado Briancourt, se había opuesto enérgicamente a que la marquesa envenenase a dos de sus hermanas, por lo que corría peligro de muerte al despertar las iras de aristócrata y tomaba continuamente antídotos para combatir el miedo a morir envenenado.

La Chaussée, tras su detención, fue sometido a tormento. Para su interrogatorio le colocaron las piernas entre dos planchas para mutilarlas, y se le reanimaba periódicamente para que confesase cada uno de los crímenes que había cometido. Posteriormente, el sirviente fue colocado en una rueda de carro, de manera que los tobillos tocasen la cabeza, para lo cual las piernas debían dislocarse hacia arriba, disponiéndose los brazos de forma que recorrieran todo el perímetro de la circunferencia. Luego se enganchaba la rueda en un eje que se clavaba en el suelo y quedaba elevada en posición horizontal.

Marie Madeleine se refirió a La Chaussée tras su muerte en los siguientes términos: «Es un buen hombre y me ha hecho un gran favor». Chantajeada por cómplices y amantes, huyó a Londres y después se trasladó a los Países Bajos, pero el embajador francés solicitó su extradición. Fue detenida en un convento cerca de Lieja

por un agente especial enviado por el rey Luis XIV el 25 de marzo de 1676, un día antes de la ocupación de la ciudad belga por las tropas españolas. Al ser aprehendida poseía una confesión escrita en la que daba cuenta de sus asesinatos. Ingresó en la prisión de Maastricht, donde tuvo tentativas de suicidio, la primera al ingerir fragmentos de vidrio de un vaso que había roto con los dientes; en otra ocasión se tragó alfileres, sin lograr su propósito. En un tercer intento, también fue infructuoso, se introdujo un bastón por la vagina. Sometida al suplicio de beber más de 7 litros de agua a través de un embudo aplicado en su boca, afirmó que en la composición de sus pócimas intervenían arsénico, vitriolo y veneno de sapo.

El juicio ocupó veintidós agotadoras sesiones. El tribunal estableció en su sentencia que como penitencia por sus crímenes la marquesa fuese llevada descalza en un carro a la puerta principal de la catedral de París, con una soga al cuello. Allí debía declarar los hechos de que había sido autora, pidiendo perdón a Dios y al rey. Portando en una mano un crucifijo y en la otra una tea ardiendo, fue paseada por la capital francesa con el verdugo, su ayudante y el abate Pirot, su asistente espiritual. El 18 de julio de 1676 fue ajusticiada en un cadalso instalado en la parisina plaza de Gréve. Según las notas del abate:

«No tenía temor ninguno. Soportó con gran paciencia los preparativos del verdugo. Obedeció las instrucciones de este, dando vuelta, levantando y agachando la cabeza con docilidad».

La habilidad del verdugo, un tal Guillaume, fue tal que cercenó la cabeza en un solo intento, y le dijo al abate: «¿Habéis visto qué excelente golpe? Es el mejor que he dado en mi vida. Mañana encargaré seis misas por el descanso de su alma».



¿Habéis visto qué excelente golpe?

tirado a una gran hoguera y sus cenizas esparcidas al viento de manera que las respiraremos y por la comunicación de pequeños espíritus nos inficionará algún humor venenoso que nos dejará a todos asombrados».

Los restos mortales de la Brinvilliers se incineraron y se dispersaron sus cenizas por el viento. Según *Madame De Sévigné*, que presenció la ejecución desde la ventana de una casa del puente de Notre Dame:

«Nunca se vio tal multitud, ni París estuvo tan emocionado o tan ansioso. Por fin se ha terminado, la Brinvilliers está en el aire, su pobre cuerpecito después de la ejecución fue

Bibliografía

- ALZOGARAY R. *El elixir de la muerte. Y otras historias con venenos*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2007.
- CALVO G. *Historia del arsénico*, Talenbook S. L., Guadalmazán, 2021.
- CHAUVEL G. *Lucrecia Borgia: la hija del papa*, Edhasa, Barcelona, 2002.
- CLOULAS I. *Los Borgia*, colección «Biografía e Historia», Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1988.
- DEMARQUE D, JOUANNY J, POITEVIN B, SAINT-JEAN Y. *Farmacología & Materia Médica Homeopática*, CEDH, Madrid, 2010.

- HUBBARD B. *Venenos. La historia de las pociones, polvos y los asesinos que los utilizaron*. Librero, edición española, impreso en India, 2020.
- PALAO P. *Los misterios de los venenos*, De Vecchi, Barcelona, 2008.
- PELTA R. *El veneno en la historia*, Colección «Espasa Minor», Espasa, Madrid, 2000.
- PELTA R, PELTA E. *Cien curiosidades históricas del veneno*, Euromédice, Ediciones Médicas, Barcelona, 2003.
- PELTA R. *El arte de envenenar*, Momento Médico srl., 2013.
- PELTA R. *Puro veneno (tóxicos, ponzoñas y otras maneras de matar)*. La esfera de los libros. Madrid, 2023.
- VILLENEUVE R. *Venenos y envenenadores*, Bruguera, Barcelona, 1963.